

# DINERO PARA LA IGLESIA

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**S**E está intentando resolver el problema del dinero que hasta ahora recibía la Iglesia del franquismo, haciéndolo a espaldas de la Constitución.

No estando todavía aprobada definitivamente la Ley de Leyes de nuestro país se adelanta la Iglesia romana, representada por su embajador en España, el nuncio Dadaglio, a procurar un acuerdo económico con el Gobierno de UCD, formado por muchos ministros que son excesivamente complacientes con los anhelos de nuestra Iglesia.

En buena ley, debía esperarse a la aprobación de la nueva Constitución para resolver este problema de acuerdo con ella y con el Gobierno que haya tras las nuevas elecciones generales, para que así represente sus acuerdos la voluntad popular del futuro.

Pero no está ocurriendo así: sin duda, para que sea verdad una vez más el dicho "España es diferente", se procede de otro modo. Y por eso, con un poco de tristeza y otro poco de indignación, debemos salir a la palestra para evitar en lo posible que las cosas se precipiten y se nos dé al país una solución que no queremos y que, en cierto modo, se escamotea con ella el procedimiento auténticamente democrático.

Nuestro alto clero cada vez se ha hecho más habilidoso para salirse con la suya, y emplea actualmente argumentos y planteamientos más aparentemente convincentes que los que utilizó durante el franquismo, con el cual vivió casi cuarenta años de estrecho y satisfecho matrimonio, que ahora querría hacernos que olvidásemos.

Muchos católicos —y en número creciente cada día— desean que se desprenda la Iglesia de una vez de estas situaciones de privilegio o de tutela estatal. Pero vuelven sus altos corifeos a la carga; y así tenemos que volver nosotros a nuestra vez a insistir en el tema para que no nos quieran vender por cansancio la averiada mercancía que se nos quiere servir.

Quienes propugnan soluciones proteccionistas curiosamente se dan cuenta ahora —y sólo ahora—, hablando de los diferentes sistemas en vigor en el mundo, que el único sistema que sería lógico en nuestros tiempos consideran que podría mediatizar a la Iglesia: que la contribución directa y libre del creyente a

nuestro catolicismo podría entrañar ese peligro de mediatización.

En Norteamérica funciona este libre y espontáneo sistema —como ocurre en la mayoría de los países del mundo—. Pero se recuerda sólo al país del dólar para hacer ver el peligro que correría nuestra Iglesia porque probablemente la ayudarían más los ricos que los desprovistos de medios. Otros magnifican las ventajas del sistema alemán, con su impuesto eclesástico, recaudado directamente por el Estado a todos los ciudadanos, de acuerdo con su declaración de creencias. Y nada digamos del último invento, el del sutil mecanismo, que parece recibirá nuestros oficiales plácemes, proponiendo que exista un impuesto religioso, que se afirma que no sería un nuevo impuesto, sino una detracción para la Iglesia de un pequeño porcentaje de los impuestos generales que paga todo ciudadano.

Ante esta cantidad de hábiles falacias bajo capa de gran seriedad, me pregunto si no se esconde otra cosa. De otro modo, ¿por qué no consultamos, por ejemplo, a los protestantes españoles, que dieron ejemplo de vivir con independencia en un medio hostil como fue el del nacional-catolicismo franquista? ¿Querrían estos dirigentes de las Iglesias protestantes que continuasen los buenos oficios estatales y se aplicasen también a ellos?

El pastor Cardona, un hombre íntegro y cristiano si los hay, que ha sido el gran defensor de las Iglesias evangélicas en los peores momentos de su reciente historia de persecución, me ha transmitido su indignación ante estas maniobras y tejemanejes que se están tramando, asegurándome que las Iglesias protestantes estarían en contra de cualquier tipo de subvención, contribución o recaudación del Estado para el apoyo económico suyo, porque considerarían esta solución un desdoro y una hipoteca del Evangelio por el Estado.

No: el problema económico de la Iglesia no se debe resolver más que de una sola forma: por la libre y espontánea contribución de sus fieles, como ocurre en la mayoría de los países para poder ser ella independiente y el Estado plenamente libre, sin mezclarlo con los intereses materiales de las diferentes religiones que en él viven.

El Estado debe estar vertido exclusi-

vamente a la ordenación de las cosas profanas y no al mantenimiento de las divinas, que es cosa de las conciencias y no de los recaudadores de tributos. Y no hemos de presumir cuál sea la opinión del pueblo cuando no se le ha consultado para este asunto.

Hubo un Santo en la historia del catolicismo que hizo una curiosa revolución, la cual fue astutamente escamoteada por los altos estamentos de la Iglesia: fue San Francisco de Asís.

En un tiempo en que estaban a la orden del día el lujo y el despilfarro de los grandes eclesásticos, este poeta del cristianismo sin alharacas ni griterío inició la más revolucionaria transformación que darse pueda: la de dar ejemplo de pobreza auténtica, o más todavía, la de ser un mendigo al servicio de los demás. Impresionada la Iglesia de entonces por este ejemplo, creó las órdenes mendicantes, que ni cobraban a los fieles, ni tenían patrimonio propio, ni pedían ayuda a los altamente situados, sino que vivían de limosnas ayudando con su trabajo a los siervos de la gleba.

Por eso causa profunda extrañeza que algunos se escandalicen hoy de que se propugne un trabajo civil para el clero, con el fin de que se gane honradamente la vida como hacía San Pablo, y complementariamente se dediquen a dar testimonio cristiano en su trabajo y a ayudar a las almas el resto del tiempo.

Somos los creyentes muy proclives a consolar a los demás con apelaciones a la Providencia cuando nos encontramos con un amigo que está en apuros o se halla en una situación angustiosa. Pero no queremos que de momento, hasta que el trabajo resuelva su problema, el clero confíe en la providencia de sus propios fieles, y no tanto en la hipotecadora providencia estatal que necesariamente someterá a la Iglesia a los deseos de este alto organismo profano.

La verdad hay que decirlo: si nuestros obispos temen que los fieles católicos españoles no apoyen a su Iglesia, será sólo porque en realidad no son católicos, sino sólo lo son de nombre y de conveniencia. Y habremos de confesar paladinamente que España habrá dejado de ser católica por causa de sus propios seguidores. ■